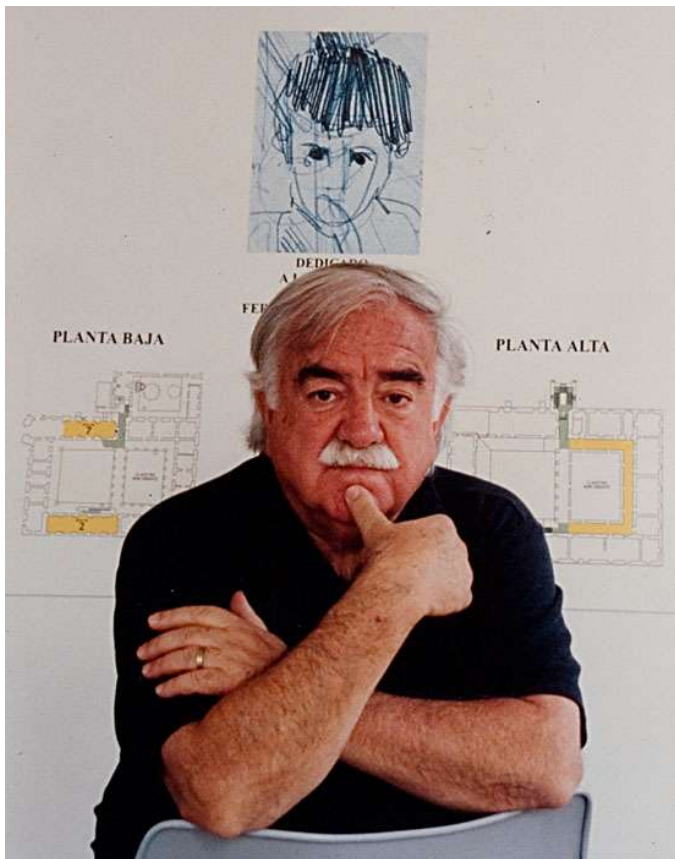




# Ramón Avila

## Críticas



## LA PINTURA DE RAMÓN AVILA

Por  
Dra. Silvia Herrera  
Guatemala, 2004

Transcurridos noventa años de la aparición de las primeras pinturas abstractas y apartados otros cincuenta del particular esplendor que el arte abstracto tuvo en la postguerra, hoy, en tiempos en que el arte se ha vertido sobre los terrenos conceptuales y objetuales, donde los referentes son indispensables y lo visual suele tejerse de acertijos de significados y significantes, daría la impresión que la pintura y además, la abstracta, ha desaparecido. Hoy, donde lo formal disimuladamente ha hecho un discreto mutis y la estética ensaya nuevos pasos hacia los principios mismos de su negación, parece extraño que haya propuestas abstractas y, sin embargo, las hay.

Este es el caso del pintor Ramón Avila. El, como muchos, sigue siendo pintor en tiempos de instalaciones, performances, fotografías y videos. Ramón Avila, con su vida y su creación atestiguan que vale la pena seguir pintando. Compensa el esfuerzo derramar pigmentos sobre los lienzos y urdir, de esa forma, respuestas a sus constantes interrogantes. Avila retoma sus pinceles cada día para darle caza a sus propias vivencias y sentires. Avila pinta para ver lo que lleva dentro, para darle forma a una manera propia de enfrentar la realidad y enfrentarse a sí mismo.

Por eso, porque su pintura nace de su interior, de un interior inédito incluso para él, la conocida fertilidad pictórica de Ramón Avila se mantiene totalmente al margen de las tendencias y de las modas. Ramón es pintor, lo es a su manera y, además, como si fuera poco, ha permanecido fiel a la formalización abstracta a pesar de que ha sido una expresión críptica para muchos. Su lenguaje lleva años siendo el mismo -la traducción pictórica de una interiorización- cosa extraña en una época en que "se está de vuelta" de todo y se salta de una tendencia a otra sin valorar la paciente investigación en un mismo lenguaje.

La orientación etimológica del verbo "abstraer" puede ser útil para iniciar un acercamiento a la pintura de Ramón Avila, particularmente si asumimos que la abstracción ha caracterizado buena parte del trabajo de este artista.

El vocablo "abstraer", cuyo uso más remoto ya incluye la noción de separar, arrancar o alejarse, siempre ha estado presente en la propuesta de Avila y, en la pintura en general, pues ésta, para comenzar, abstrae la tercera dimensión y se suscribe en un plano bidimensional. Es decir, en pintura, nunca son considerados todos los atributos físicos o materiales de aquello que se lleva al cuadro, y en ese sentido puede afirmarse que siempre existe un determinado componente de abstracción. En otras palabras, todo pintor prescinde siempre de ciertas cualidades que estima no necesarias para el logro de su obra o que, por más que lo intente, no puede recrearlas a cabalidad.

Un pintor siempre abstrae. Una imagen de la pintura rupestre abstrae la forma, el esquema, del animal representado y lo hace con el afán de captar su esencia, su fuerza, su aliento de vida. En un momento en que la pintura adquiere un particular realismo, por ejemplo el retrato del siglo XIX, donde los rasgos del personaje son perfilados de tal forma que logran una fiel imagen del representado, no podemos evitar pensar en que el artista abstrae lo que considera importante para reflejar mejor el interior de la persona retratada.

Todo pintor ha de pasar por una depuración o limpieza de lo que no considera importante para la realización de su obra y, por ello, la pintura es, en gran medida, un arte abstracto. Ahora bien, en el caso de Ramón Avila que ha cultivado la tendencia abstracta dentro de la pintura misma, observamos que los colores, los trazos, las formas, los ritmos van configurando su vocabulario expresivo, pues en la medida que es el hábil conductor de su creación, va poblando su lienzo con preferencias, abstracciones y extracciones. A través de una depuración reflexiva y serena de lo material, Avila presenta la esencia de lo real –y entiéndase por real lo que él considera digno de ser manifestado.

Con el objeto de verter toda la atención a la forma ausente de referentes y conceder particular énfasis a los materiales pictóricos en sí mismos, despojados ya de toda significación ajena a su propia fuerza expresiva, Avila se ha labrado un modo propio de pintar. Su lenguaje pictórico señala y recupera el sentido espiritual del arte.

Sirvan unos rasgos biográficos para señalar que Avila nació siendo pintor, llevaba los trazos y los colores dentro, a pesar de que no pasó por alto contar con una formación académica. Cuando era niño, se cocinaba con carbón vegetal, y robaba a su mamá los trozos para dibujar. Entonces, empezaba a haber edificios con paredes blancas y veía en ellas un horizonte gráfico... “un amanecer especial para mi, una luz, algo diáfano.... Con menos de diez años, empecé a dibujar con carbón en aquella pared. Dibujé una batalla.... Con piratas.... Vino el dueño de la casa y luego de un gran disgusto... me llevó con mi mamá. Ella me abrazó y me besó frente a mi obra”. Casualmente, Ramón con esta experiencia se unía a las filas del graffiti. A los trece años, con su gana de ser pintor, adultera su edad para lograr entrar en la Escuela de Bellas Artes, donde se encontraban los grandes de la pintura catalana que venían de vuelta de París.

De joven, después de trabajar como visualizador publicitario y con el bagaje académico de Bellas Artes en Barcelona, Llotja (Llotja, escuela de Barcelona donde se formaron Picasso, Nonell, Miró, entre otros), llega a Brasil. Avila era ilustrador. Por su carpeta y por su base artística, además de conocer de tipografía y de edición de libros es aceptado en una empresa norteamericana donde había grafistas de todas partes. Se trataba de creativos e ilustradores muy capaces con formación publicitaria de Estados Unidos; algunos de ellos habían estado en la Bauhaus. Terminó de formarse en Brasil, lo hizo con la libertad que dan las relaciones humanas abiertas.

Llega a Guatemala ya afincado en la abstracción. Le impacta de este país su realidad social y Avila da un giro realista a su pintura. Adopta un realismo crítico y doliente, a pesar de que antes –como hace en la actualidad- no acepta un compromiso ajeno a la pintura misma. Al mismo tiempo la pérdida de un hijo le conmueve de tal forma que la búsqueda pictórica de su propio interior, se ve eclipsada por varios años. “Guatemala me hizo realista por ser bucólica, pequeña, provinciana”, comenta. Vio una exposición en 1963 en el Parque La Industria.... Caló como eran, qué sentían, conoció a la gente de entonces –músicos, escritores y pintores de los sesenta. Se identificó con la pintura y la forma de ver la vida de esas personas.

A través de la prosa de Asturias conoce Guatemala en una versión mágica y literaria.

Avila hace de Guatemala su patria, pues aquí encuentra las condiciones adecuadas para desarrollar una pintura propia, autónoma, sin compromiso que revele su manera de ver el mundo, la realidad, la vida. Su propuesta es tan personal que genera una pintura que no se aclimata a los gustos, es valiente, autónoma, convincente y honesta. Lujo que no cualquier artista puede darse, lujo que pocas sociedades permiten.

El clima artístico de este país le ha dejado mantenerse al margen de las tendencias, cultivando sus propias vivencias.

Por estas razones, el lenguaje de Avila no puede ser realista, pues a través de la abstracción, indaga su interior y encuentra la manera de dar forma a sus muchas interrogantes. Su pintura es muy personal, interna, intestinal.

Además, se ha visto influida por el tachismo oriental Tachismo (del francés tache, 'mancha'), corriente dentro de la pintura abstracta que se desarrolló hacia 1954. y su contacto con la obra de Cândido Portinari "El Miguel Angel brasileño" (1903-1962) nacido en São Paulo, Brasil. Las raíces de su originalidad residen en la directa y honda captación de sus tipos humanos preferidos., pintor que dota a sus figuras de una fuerte estructura visceral, intensa y buen dibujo, y Manabu Mabe (1924-1997)., pintor nipo brasileño que cultivó la abstracción lírica contribuye a fraguar, por afinidad e identificación, su estilo.

El estilo de Avila, para decirlo en otras palabras, cultiva la autonomía pictórica. Autonomía respecto de una temática ajena a la pintura misma. No obstante, dicha autonomía no es ausente de referentes, pues Avila es consciente de la influencia que, sobre la sensibilidad, ejercen los elementos plásticos como la línea, el color o la forma. Avila lo dice de esta forma: "Cuando pinto tengo añoranzas, recuerdos, dolor, felicidad que quisiera que fueran partícipes en mi vida actual. Evocación, nostalgia, valores que ahora les estoy dando forma, que entonces no supe o no los valué como debí haberlo hecho, por falta de madurez, de consistencia, de saber definir, rechazarlas, aceptarlas o mejorarlas.

Mi trabajo actual es una compensación de eso, que no sé si sirve, pero me conforta transformar mis sentimientos en color y forma. No quiero imitarme a mí mismo, puedo tener logros, pero no quiero repetirme".

El rechazo de la representación como una manera de lograr contenidos que trascendieran las formas reconocibles de la vida cotidiana, comporta, como se ha dicho, una búsqueda espiritual, y también incluye un alto grado de insatisfacción con respecto de la realidad circundante. El abstracto, a su manera, es un arte desafiante. Su desafío ha sido hacer de la pintura una experiencia única desde la autonomía significativa de sus elementos compositivos hasta el paralelismo creativo que el ser humano guarda con respecto de la naturaleza. En vista de que el hombre no hace más que crear y transformar lo que le viene dado, sin necesariamente imitar, ilustrar, o hacer una copia de la apariencia de la realidad.

Por todo lo anterior, la abstracción es un camino arduo, tanto para el pintor como para su público. La exclusión de imágenes fácilmente identificables, producto de un proceso de abstracción en Avila cada vez más intensivo, exige la conformación de un lenguaje nuevo suficientemente capaz de sostener la comunicación entre la obra y el espectador y exige también un espectador abierto y dispuesto a experimentar el vértigo de una obra ausente de referencias conocidas.

Valoro particularmente de la pintura de Avila su depurado lenguaje, su constante búsqueda, su honestidad, su aislamiento voluntario, su seriedad en el oficio, su mano bien educada y dócil a los mandatos de su correntada creadora. Ramón es ya un clásico del arte abstracto, pues conserva los elementos técnicos y materiales que pertenecen al campo de la pintura tradicional, como el óleo y la tela. También sus soportes se mantienen aferrados a la idea de ventana como segmentación particular del mundo: de su propio mundo interior. Todos estos ingredientes ratifican la presencia emocional y subjetiva de este artista, que fluye con gran facilidad en el esmerado trabajo de los detalles, que aparecen como microindagaciones de lo más íntimo.

Su voluntario retiro en San Lucas Sacatepéquez, donde la pureza del aire y el brillo de la luz son cómplices de su necesidad de pintar dentro de un apretado horario de trabajo; su largos años de oficio, su buena educación visual, su conocimiento y respeto por los materiales, la pulcritud de su estudio, el cuidado de los detalles (la limpieza y conservación de un buen pincel), la estricta catalogación y archivo de su obra, el uso de papel de alta calidad, de excelentes lienzos.... son rasgos que dibujan su seriedad y dedicación.

Por otra parte, cabe aquí la mención al arte gráfico que Avila también ha desarrollado. La interpretación en serigrafía que, en su taller se ha hecho de innumerables obras de artistas guatemaltecos y extranjeros, ofrece una opción divulgativa de grandes obras que ofrece un beneficio para artistas, el público e impresor. Esta ha sido una vía para vigorizar la tarea comunicativa del arte a través de impresiones serigráficas de gran calidad.

En una época, Ramón experimentó el uso de una base serigráfica para realizar sus pinturas. Tomando como punto de partida, las huellas que dejan en el papel el color, la textura y el juego azaroso con que se trató la malla serigráfica, se aventuró a partir de fondos plagados ya de sugerencias visuales. Fue ésta una fase experimental de fusión entre serigrafía y pintura.

En un análisis más cercano de su obra, es digno de mencionar que Avila además hace proposiciones más cercanas a la figuración o que en todo caso resultan "familiares" al mundo subjetivo del espectador, donde resulta posible establecer cualquier relación con la realidad inmediata. Es decir, en algunos casos, su obra puede ser refinadamente figurativa.

En esta semifiguración que deja libre mucho a la interpretación e imaginación del espectador, el espacio pictórico puede ser asumido mediante el paulatino avanzar del primer plano hacia adentro, logrando cada vez más una mayor integración de la pintura con el muro.

Al mismo tiempo, su adentrarse del primer plano hacia núcleos lejanos también traduce la resolución que Avila

emprende de sus problemas pictóricos... los cuales, al ser resueltos, desanudan también sus dudas y exigencia vitales. Es como si la atmósfera pictórica fuera la red de sus pensamientos que giran y transitan en busca de respuestas.

A menudo, Avila plantea la existencia de un espacio vacío del cual pende una estructura formal que emerge como de un vacío que yo asocio a una nada espacial que empieza a poblarse de ideas y emociones a medida que los trazos inundan el soporte. El espacio pictórico se constituye en una metáfora de la creación: juega a ese surgir de la nada, del vacío y del blanco. Por ello, el negro es muy importante, pues el negro es el dibujo, el armazón, la estructura. El color se cuelga del sustento y de la organización, que le brinda el tejido del dibujo, pues resulta ser su estructura. El dibujo en Avila es el esqueleto de la forma y del color.

El color es parte fundamental en el proceso de la visión humana que tiende a traducirlo en sensaciones y emociones. En este caso atiende justamente al menor esfuerzo con que la retina enfoca colores más cálidos como el amarillo, en contraposición al gris que se aprecia "más distante". Esta relación espacial a partir de lo que puede denominarse distancias cromáticas cumple una función importante. Por ejemplo, los oscuros determinan una suerte de profundidad sideral en la que tienen lugar las reacciones espaciales entre las formas coloreadas. Entre la luminosidad del blanco y la profundidad del negro, se ubican, según su color y tamaño, todas las formas que participan en la composición.

Por lo anterior, me atrevo a afirmar que el color en Avila viene de los clásicos, pues en esta contraposición luz oscuridad, resulta difícil no hermanarlo con los grandes coloristas como Isidre Nonell (Isidre Nonell España, 1873-1911). La condición pictórica, con sus degradaciones, luces, veladuras no es gratuita, además de ser parte de sus años de concienzudo trabajo, es una descarga emotiva en este pintor, pues le consuela, le anima, encuentra en él un hermano anímico que le sale al paso en su ansia de respuestas.



También es una característica de la vida del ser humano el constante cambio y el movimiento; por ese motivo, los pintores, desde siempre, han incluido el movimiento en sus obras, incluso en las abstractas y en la abstracción lírica como es el caso de Avila. La manera directa en que nuestro pintor lo hace es a través de la repetición de líneas diagonales que contribuyen a generar la sensación de dinamismo, aunque sin llegar a sacrificar el equilibrio de la composición.

La pintura de Avila cuenta con elementos que garantizan la coherencia rítmica y en ese sentido contribuyen a su ánimo musical y lírico. Las obras de Avila sintetizan un dinamismo cromático sin mermar su estructura. Estas, bajo el efecto de una especie de onda expansiva prácticamente niegan cualquier tipo de compañía, son ajenas, por su fuerza, a cualquier tipo de compañía, reclaman, la soledad y exclusividad del muro donde se colocan.

Además del sentido rítmico, otro aspecto digno de señalar es lo placentero y lúdico que no niegan el eminente componente emocional de estas obras. Las soluciones cromáticas, espaciales y dinámicas presentes en sus propuestas son, además juguetonas y gozosas, pues no hay que olvidar que el juego es amigo de la fluidez con que la auténtica creatividad discurre.

Después de todas estas consideraciones, todavía podría alguien preguntarse, ¿qué ventajas ofrece la ausencia de representación que llamamos abstracción? ¿Qué provecho se puede encontrar en una composición de líneas y colores que no me dicen nada, de la que se ha excluido deliberadamente un tema que permita conocer lo que está pasando en la obra? Hay que insistir, una vez más, en el hecho de que en estos trabajos, efectivamente, no está pasando nada, por lo menos en lo que a una secuencia narrativa se refiere. ¿Y, entonces, si no ocurre nada, cómo hace Avila para expresar su visión de mundo? Surge aquí la advertencia fina para el disfrute de estas obras: lo que el artista pretende al excluir el tema o el motivo es concentrarse de lleno en su interpretación que hace del mundo que lo rodea; más aún, lo que persigue es cuestionar los mecanismos que la hacen posible.

El acto no deja de ser heroico, sobre todo si se considera que llevará a cabo tal empresa con las únicas armas que conoce y que realmente le son propias: la línea, el color, la forma, el ritmo, la textura.

En este sentido y en primera instancia, el artista abstracto llama la atención sobre aquello que nos une con su obra: la mirada. Al aceptar la invitación que estas piezas nos hacen, no estamos ya a la búsqueda de un eventual argumento dentro de la misma, pues el tan anhelado contenido, en todo caso, seremos nosotros mismos en el acto de mirarla.

Este es el desafío que Avila nos lanza: el inconformismo propio de no parar de preguntarse, la propuesta a la constante autointerrogación. De allí nuestra obligación como espectadores: no rendirse a la primera, aceptar el reto de la introspección. El público de estas obras tiene la obligación de cultivarse, de saber interpretar y no solo rechazar lo que se le dificulta.